

HISTORIAS DE ABUELAS

“NECESITAMOS ESTAR LIBRES DE ODIOS PARA BUSCAR A NUESTROS NIETOS”

SONIA TORRES, UNA DE LAS ABUELAS DE PLAZA DE MAYO DE CÓRDOBA, ADEMÁS DE SOPORTAR LA DESAPARICIÓN DE SU HIJA Y SU YERNO, Y LA APROPIACIÓN DE SU NIETO, FUE ACUSADA POR UN REPRESOR DE “CALUMNIAS E INJURIAS”.

Sonia Torres dejó de sentir la tierra bajo sus pies y caminó los 80 metros que la separaban del juez que, acababa de dejarla en libertad, y la calle Duarte Quirós, donde unos 300 adolescentes la esperaban para abrazarla.

Sus 51 kilos y sus entonces 73 años habían sido declarados inocentes en uno de los juicios más absurdos de que se tengan memoria en la Argentina.

Sonia, una de las Abuelas de Plaza de Mayo, fue acusada de “calumnias e injurias” nada menos que por Tránsito Rigatuso: el hombre que entregó a su hija Silvina Parodi, de 21 años y a otros 11 jóvenes, a los verdugos de la dictadura militar argentina en 1976. Sonia llamó “delator” a Rigatuso en una entrevista concedida al periódico *Cordobés* la Voz del Interior, en junio de 1998. Él se sintió agredido. La querreló. Y un tribunal aceptó llevar a juicio el desatino. Ella, la víctima, acusada por su victimario. Ella, a quien le arrancaron una hija y le robaron a un nieto nacido en cautiverio, fue la primera de las Abuelas que tuvo que soportar lo insostenible: sentarse en el banquillo de los acusados.

Un sitio en el cual miles de esos torturadores nunca se sentaron. Ni se sentarán. “Sonia Torres queda absuelta”, sentenció, sin embargo, el juez Rubens Druetta. Y la sala estalló, en aplausos en gritos de alegría.

Fue el 13 de agosto de 2002. Y ocurrió en Córdoba. Ese martes, este país castigado por la corrupción, la violencia y el hambre de una crisis de abismo, vivió uno de sus días más brillantes. Un día de justicia.

—Sonia ¿por qué cree usted que Rigatuso la denunció aún cuando él sabía que fue el responsable de la desaparición de su hija Silvina?

—No lo sé. No lo entiendo. Tal vez porque es un tipo maquiavélico.

—Se pueden esbozar otras posibilidades: por mera estupidez, por soberbia, o porque se supo y se sintió impune todo ese tiempo.

—Fienso que fue por soberbia. Ocupó muchos cargos (públicos). Fue diputado de la Nación. Tal vez se sintió intocable. Está en el ocaso de su vida y tiene una gran carga negativa. Tal vez se quería blanquear.

—¿Qué siente por él?

—Un poco de bronca, nada más. No rencor, ni odio. No me formé en esos valores. Las Abuelas necesitamos tener el corazón libre de odio para seguir con fuerzas para buscar a los vivos. Pero sí, siento la impotencia de no poder entender, después de todo este tiempo, por qué hizo lo que hizo. Por qué mandó a esos chicos a la muerte.

“Esos chicos”, además de Silvina Parodi, fueron Miguel Arias, Gustavo Torres, Jorge Nadra, Graciela Vitale, Daniel Bachetti, Oscar Linera, Pablo Schmucre, Fernando Avila, Raúl Castellanos, Walter Magallanes y Claudio Roman. Esos chicos eran o habían sido alumnos de Manuel Belgrano y según los abogados de Sonia y los familiares de los entonces adolescentes “casi todos desaparecieron entre el 7 y el 8 de abril”, lo que ali-



Sonia junto a otro de sus nietos, Rodrigo Parodi.

LE MENCIONÓ QUE SU NIETO NACIÓ VARÓN. QUE FUE A PRINCIPIOS DE JULIO DE 1976. Y QUE UNA DÉBIL SILVINA LO PARIÓ EN UNA GÉLIDA PRISIÓN PARA MUJERES EN EL CENTRO DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA.

mentó desde siempre la sospecha —ahora confirmada— de que estaban en una misma lista. Solo Silvina fue secuestrada antes del 26 de marzo de 1976, dos días después del golpe. Durante el proceso judicial, al que

asistieron los observadores de Amnistía Internacional, el juez escuchó el testimonio de los padres de los alumnos desaparecidos que contaron cómo, desde su oficina de director del Colegio, Rigatuso les “advertía” que cuidaran a sus hijos. “Es efectuable la advertencia de mandar esas listas a los servicios de seguridad, y luego —concluyó Druetta en los fundamentos de su sentencia— se da la coincidencia de la persecución y posterior desaparición de esos alumnos.

Hasta un militar retirado, César Anadón, ex jefe de inteligencia de Menéndez, reconoció entre balbuceos nerviosos, haber “elevado los informes de Rigatuso” a sus superiores. Sin desearlo, pero sabiéndolo a salvo y amparado por los indultos, Anadón daba en el corazón del proceso judicial contra Sonia Torres: develar si habían existido o no las listas negras confeccionadas por Rigatuso, que derivaron en la desaparición de

los chicos. Y, por consiguiente, aclarar si existió la delación: palabra que le valió a la Abuela la querrela por calumnias e injurias. Y otro calvario hecho de pesadilla y muerte. Pero, esta vez, también de resurrección.

Una sola idea

Sonia tiene en el rostro los rasgos de sus antepasados indígenas. La mirada en paz y la determinación de quien concentra todas las energías de su vida en una sola idea: encontrar a su nieto. Habla con gratitud de “alguien” que tuvo piedad de su búsqueda. “Una persona” que le regaló el instante más feliz y terrible de su vida. Ese alguien que tocó a su puerta y dijo las palabras que la mantuvieron y la mantienen en pie hasta hoy. Le mencionó que su nieto nació varón. Que fue a principios de julio de 1976. Y que una débil Silvina lo parió en una gélida prisión para mujeres en el centro de la Ciudad de Córdoba.

Nada menos que eso y otro puñadito de detalles que prefiere resguardar para el juicio. Uno que tiene en marcha por el robo de ese bebé con el que sueña “todo el tiempo, todas las noches”.

Un bebé que ahora debe tener 27 años y al que, como todas las Abuelas de Plaza de Mayo, buscó primero en los rostros de todos los niños en los jardines de infantes y que, ahora, cree ver en cada joven que tiene una sonrisa parecida a la de su hija.

Sonia relata sin ira: “se la llevaron el 26 de marzo de 1976, dos días después del golpe. Fue a las 6 de la tarde. Los vecinos de Alta Córdoba dicen que pudieron escuchar sus gritos de dolor. Que la sacaron tapada el cuerpo con una frazada. Tal vez para evitar que se le viera la panza de embarazada. Que también escucharon los gritos de Daniel Orozco, su esposo. Y que los tipos, que la metieron a uno de sus cuatro autos amenazaron con sus armas a todos los que salieron a ver”.

—¿Cuándo fue la última vez que usted la vio?

—Un día antes del golpe. Yo tenía miedo por ella, porque militaba en el Centro de Estudiantes de la Universidad (Silvina, recién egresada del Manuel Belgrano, estudiaba Ciencias Económicas). Pero Silvina me dijo que me quedara tranquila: “Yo no tengo ningún miedo. No hice nada malo. Quedate tranquila”, dice que le dijo. Sonia recuerda la última sonrisa. El pelo castaño de su hija suelto sobre los hombros. Su risa y su panza de casi siete meses de embarazo. Le sonríe, a su vez, a ese recuerdo y sus-

“SE LA LLEVARON EL 26 DE MARZO DE 1976, DOS DÍAS DESPUÉS DEL GOLPE. FUE A LAS 6 DE LA TARDE. LOS VECINOS DE ALTA CÓRDOBA DICEN QUE PUDIERON ESCUCHAR SUS GRITOS DE DOLOR. QUE LA SACARON TAPADA CON UNA FRAZADA. TAL VEZ PARA EVITAR QUE SE LE VIERA LA PANZA DE EMBARAZADA”.

pira largo: “Ahi empecé a ser Abuela”, recuerda Sonia. Como miles de mujeres, Sonia —con sus otros dos hijos Luis y Giselle, de quienes tuvo a su vez otros cinco nietos— vivió la transformación de “simple ama de casa” a desafiar a la dictadura militar. Una pavorosa metamorfosis que la llevó desde la placidez de su hogar y el mostrador de su farmacia, a formar parte del ejército más valiente, compacto y combativo que ha dado la Argentina: Abuelas de Plaza de Mayo.

Con sus hijos convertidos en sombras, en apenas una foto en blanco y negro, se volvieron inmunes a la peste de amnesia de un país que debía —y que, en muchas ocasiones aceptó— olvidar por decreto.

Eso, dice Sonia, es solo una partecita de la resignación del dolor. Armarse hasta los dientes de la fortaleza que le creció paralela al desgarrar. Y seguir. Ganarle la batalla a los profesionales de la mentira y la muerte.